

tólicos? La Iglesia condena la segregación racial. Y todos sabemos lo que pasa en Africa del Sur y en los Estados Unidos de Nortamérica.

Por más que se esfuerce, Rolf Hochhuth jamás podrá llegar a demostrar de modo palmario que si Pío XII hubiera hablado contra los linchamientos nazis, con más énfasis del que ya utilizó, Hitler se hubiera doblegado como un manso cordero. Es muy fácil hablar a vista de acontecimientos posteriores. Quizá si Pío XII hubiera roto abiertamente con el caudillo alemán y de ahí se hubieran derivado represalias brutales —cosa no tan ajena al espíritu nazi, después de todo—, hoy “El Vicario”, de Rolf Hochhuth tendría como tesis fundamental que la imprudencia y el intervencionismo de un Papa costaron la vida a seis millones de judíos.

II. Fraude literario

Hay obras tendenciosas desde un punto de vista religioso, político, moral o filosófico, pero de una innegable calidad artística. El “Cándido”, de Voltaire, o “Esperando a Godot”, de Beckett, o el “Ornifle”, de Jean Anouilh. Incluso numerosos dramas de Jean Paul Sartre. En todos estos casos, a contenidos discutibles y discutidos se une a veces una forma artística felicísima que salva siquiera desde un determinado punto de vista la creación de que se trate.

“El Vicario”, de Hochhuth, es un fraude filosófico e histórico, como acabamos de comprobar. Y un fraude sin paliativos, aun desde el punto de vista meramente dramático. Hay tres aspectos fundamentales en cualquier drama que se respete. El primero lo constituyen los personajes. El segundo, la acción. El tercero, el diálogo. No en balde se llama drama a “la representación de acciones por medio de personajes que hablan y actúan ante un público congregado en el teatro”.

Vamos con los personajes de “El Vicario”. Decía Ortega y Gasset que “el imperativo de la novela es la autopsia. Nada de describirnos lo que un personaje es. Hace falta que lo veamos.” Esto, que a juicio de Ortega es fundamental en la novela moderna, lo es mucho más en el drama, por su misma defi-

nición. Pues bien, nada menos que cuarenta y nueve páginas de “El Vicario” están dedicadas a la descripción minuciosa de los personajes. Se nos dice quiénes son, cuál su psicología y su temperamento, con qué antecedentes históricos se nos presentan. Error capital desde el punto de vista dramático. Los personajes, en las tablas, resultan desnutridos y anémicos, sin el reconfortante copiosísimo que Hochhuth les dosifica en su obra escrita. Aparte de esta deficiencia fundamental, hay que decir que algunos de ellos, aun con el correspondiente carnet de identidad con que el autor les provee, resultan falsos, artificiales, estereotipados. El Cardenal, e incluso la pintura que se nos hace de Pío XII, el Conde Fontana y el doctor de Auschwitz, todos ellos rezuman folklorismo barato por los cuatro costados y están demostrando bien a las claras su procedencia libresca, nunca vital. Recuerdan, dicho sea de paso, a esos muñecos ambulantes que pululan por “La marea”, la peor novela de José María Gironella.

El segundo elemento fundamental del drama es la acción. Digamos en términos tradicionales, el planteo, el nudo y el desenlace. Esto de los términos es lo de menos, desde luego. Pero este esquema dinámico que el drama presenta es susceptible de ser encontrado en cualquier obra medianamente valiosa. Aun en obras vanguardistas que se precian del olvido total de recursos técnicos tradicionales, este dinamismo dramático resulta ineludible. Con infinidad de variantes, eso sí. Pero siempre latente, de un modo u otro. También en este segundo aspecto “El Vicario” es una obra deficiente. Ya en la primera escena, en la Nunciatura de Berlín, un atardecer de agosto de 1942, se lanza categóricamente la acusación. La misma acusación se va machaconamente repitiendo a lo largo de toda la obra. Y culmina en el melodrama con que “El Vicario” se cierra: las escenas escalofriantes, reconstruidas a base de imaginación, en uno de los más famosos campos de la muerte. Esta reiteración insistente, esta pésima construcción dramática, dijérase que están tratando de emular las técnicas publicitarias que hoy nos avasallan. Ya que no por la fuerza lógica de los argumentos, conenzamos por la insistencia y el

martilleo psicológico sobre los presuntos compradores, que en este caso son espectadores. Ya que el contenido intelectual de “El Vicario” es falso, el autor, por lo visto, se propone convencernos con poco menos que un lavado de cerebro. Quien tiene razón, no grita.

Y, por fin, el diálogo. El diálogo de “El Vicario” es pesado, apelmazado, falto de la más mínima agilidad dramática requerida. Monólogos de páginas y más páginas, siempre maniáticamente alrededor del mismo tema. Sin el escape poético que hace de este recurso dramático del monólogo interior un recurso artístico de primer orden en las manos, o en la pluma, de hombres como Eugenio O'Neill o Jean Giraudoux, Edward Albee o Agustín de Foxá.

Con semejante diálogo, con tales personajes y con una falta tal de dramatismo, cualquiera podrá imaginar lo que desde el punto de vista literario es “El Vicario”, de Rolf Hochhuth. Sencillamente, un fraude.

III. Fraude propagandístico

Rolf Hochhuth era un desconocido antes de la publicación de su obra. Y cuando la polvareda que “El Vicario” ha levantado se apacigüe —porque el tiempo lo apacigua todo—, Rolf Hochhuth será simplemente recordado como es recordado el asesinato de Lee Harvey Oswald, el triste suicidio de Marilyn Monroe o las hazañas del Doctor Ward y Christine Keeler. Un escándalo más, una crónica sensacionalista más. De esas crónicas en las que son especialistas determinada clase de personas y que hacen aumentar el número de ediciones diarias de ciertos rotativos o la difusión de cierto tipo de droga. Nada más. Y cuando esta miopía actual se disipe con la lente bienhechora de la distancia, seremos capaces de comprender sin lugar a dudas la escasísima calidad literaria de “El Vicario”, su absoluta falta de fundamentación lógica y su desagradable e inicuo matiz denigratorio. Mientras tanto, dejemos que “El Vicario” se siga propagando al amparo del sensacionalismo y el escándalo. Al amparo de la falta auténtica de sentido crítico, que es una de las peores pestes que pueden aquejar al hombre.

GRAHAM GREENE:

DIOS-PECADOR

Problemática actual

GRAHAM GREENE es un autor de vigorosa problemática. Santidad, fariseísmo, angustia, pecado, desesperación y gracia, sacerdocio, catolicismo siglo veinte, son temas actuales. Preocupan. Temas que especialmente vive y siente Greene con intensidad, con sinceridad, con crudeza. Católico por convicción, es de las personas que al encontrar la fe se encuentran viviendo en contradicción frente a una serie de problemas.

El papa ruso Cirilo Lakota, en la reciente novela de Morris West "Las sandalias del pescador", refiriéndose a ciertas situaciones de la vida, habla de ellas como de "revelaciones súbitas y espectaculares de las complejidades de la existencia junto a las cuales las solas proposiciones de la fe parecen lastimosamente inadecuadas" (1).

Este parece ser el gran problema en la inmensa mayoría de los personajes greenianos: duda, vacilación angustiosa sobre lo que se ha de hacer en una situación límite como la que les tortura, mientras que Dios calla, impenetrable, ajeno: "Si se conociera la verdad —pensó Scobie—, ¿no se vería uno obligado a compadecer incluso a los planetas? Si se llegara al fondo del problema, como suele decirse..." (2).

Pero el autor espera contra toda esperanza. En medio del abandono del pecado alcanza a ver la mano, poderosa en misericordia, de Dios, la luz cegadora de la gracia en el alma del más pervertido, del condenado por los hombres. Y ésta es

su segunda característica, la del novelista discutido, y la del católico —acusar algunos— desviado. "No juzguéis y no seréis juzgados." Esto es el más puro cristianismo. "Si conociésemos todas las circunstancias, perdonaríamos la mayoría de las cosas." (3) Este pensamiento de Scobie es la conclusión que parece gritarnos Greene en cada una de sus novelas. Como si nos dijera: la misericordia de Dios está por encima de todas las apariencias de crimen, así como su justicia rasga todo velo de fariseísmo hipócrita. Y ¿por qué? Quizá en los criminales se encuentre una llamita de amor, mientras que en muchos cristianos se amontona fría la ceniza de un legalismo cómodo, pero muerto. "Living room", "El final de la aventura", "El poder y la gloria", son un testimonio. Vamos a detenernos en el problema Dios-pecador, tal como aparece en una de las novelas más obsesivos de Greene: "El revés de la trama".

Scobie es empleado de la colonia inglesa en Sierra Leona, Africa, durante la segunda guerra mundial. Católico de insigne rutina, es víctima a su vez de una sensibilidad y complejidad existencial torturantes. La esposa, Luisa, caprichosa y egoísta, anhela un ascenso de su marido. Llega a convertirse en un perpetuo sufrimiento para Scobie, quien hace todo lo posible por agradarla. Inadaptada al medio colonial, obliga moralmente a su marido a pedir un préstamo al traficante ilegal en diamantes Yusef, para pagarse un viaje de descanso a Sudáfrica.

Scobie queda solo. Durante la ausencia de Luisa llegan a las costas de Sierra Leona unos refugiados naufragos, a quienes el comisario Scobie acoge y cuida. Entre ellos, Helen Rolt, que ha perdido a su marido hace un mes. Acusada

Luis de Diego, S.J.

por un agente de la colonia, Baxter, se acoge a la protección de Scobie, quien siente especial lástima por ella. Sorpresivamente la compasión, pasión dominante de nuestro comisario, le hace caer en adulterio. Luisa regresa del viaje y sospecha de las andanzas de su marido. Orgullosa y egoísta, fuerza a Scobie para que comulgue. Este lo hace sintiendo en el alma todo el horror del sacrilegio. La lucha entre el amor a su mujer, a la que no puede abandonar, y Helen, a la que por compasión profunda no puede ni saber dejar, le destroza interiormente. Allí, el criadito de confianza, le espía. Aquella misma noche, por intermedio de Yusef, y presintiéndolo Scobie, el negrito es asesinado. De caída en caída, el alma de Scobie entabla una batalla terrible entre la desesperación y la confianza en Dios. Triunfó la primera. Sintióse inútil, una carga para Dios, para los demás y para sí mismo, se suicida simulando una angina de pecho. Sus últimas palabras antes de desplomarse en tierra, son: "O God, I love...", "Oh Dios, yo amo..."

Concepción de Dios

La pregunta que espontáneamente surge al concluir la novela es: ¿Se ha salvado Scobie? Creemos que Greene es el que piensa en la cabeza de su personaje central cuando, poco antes del final, Scobie anota lo siguiente:

"Los sacerdotes decían que eso (el suicidio) era un pecado imperdonable, la expresión última de una desesperación impenitente; y, por supuesto, uno aceptaba las enseñanzas de la Iglesia. Pero también enseñaban que Dios, a veces, había infringido sus propias leyes; ¿le sería acaso más imposible extender una mano de perdón hacia la tiniebla y el caos del suicidio que haberse reanimado en la tumba, debajo de la lápida?" (4)

Scobie, sin embargo, sabe que está obrando mal cada vez que cae en pecado. Explícitamente lo reconoce: "He renunciado al futuro. Me he condenado." (5) No se da, pues, en los personajes greenianos una ética de la situación. El problema se presenta, por otra parte, insinuándose ya en el párrafo que hemos citado más arriba: si el quitar-se la vida se reconoce abiertamente como falta grave, ¿hasta qué

punto los diversos elementos de la situación pueden variar la culpabilidad de una falta? A lo largo de la novela se insiste en la fe como acto de adhesión voluntaria y sentimental a Dios; en la gracia como salvación misteriosa del hombre por parte de Dios. Concepción que llevaría "excusablemente" al suicidio. Dios ¿no puede acaso extender su mano de misericordia sobre el caos del suicidio? La culpabilidad auténtica, real, la que Dios considerará, es la que debe investigarse en este punto. Punto muy difícil, si no imposible de descifrar, en el caso del hombre. Scobie llega a escribir: "Si conociésemos todas las circunstancias perdonaríamos la mayor parte de las cosas." (6) Un doble escollo debe evitarse: el considerar los hechos en frío, aisladamente, concibiendo a Dios como juez implacable y severo, o exagerar el valor de las circunstancias haciendo depender de ellas la salvación total, ante un Dios que salva concediendo misteriosamente la gracia a pesar de todos los contras. La solución, creemos, está en el medio. Vamos a estudiar, en nuestro caso, objetivamente, la conducta de Scobie.

Hechos

Este aspecto lo trata extensamente Charles Moeller en el estudio dedicado a Greene de su obra "Literatura del siglo XX y cristianismo".

Las circunstancias que rodean a Scobie son varias: incompreensión y egoísmo de la esposa, a la que soporta y defiende con una resignación casi heroica, clima y ambiente moral que le rodea... Pero en su alma pesa, sobre todo, la mole ingente de esa compasión morbosa que le agobia y de la que no puede zafarse. Psicológicamente enfermo, parece que sus caídas morales son otros tantos empujones irremediables de las circunstancias. La consecuencia es un desgarramiento interior entre la atracción de Dios y un "humanismo" que le magnetiza irresistiblemente: "Oh Dios, elevo hacia Ti mi condena eterna y te la ofrezco. Acéptala, úsala para el bien de ellas." (7)

Algo, sin embargo, muy capital, falla en Scobie. Falla la fe. Quizá sea ésta, en último término, la cau-

sa de su compasión morbosa. Su cristianismo, inmerso en rutina y medianía, se le apaga en el momento crítico, en la prueba. Ante el "Tú me has dado lo que soy", "Tú me has colocado aquí", se derrumba. A esta excusa sólo la fe ardiente, no el sentimiento, puede responder. Cree en Dios que te coloca aquí, con "éstos", y te dará gracia para vencer. De lo contrario, el dilema es claro: frivolidad o desesperación. Scobie va a dar el paso. Antes de la prueba: "Cerró el diario; acostado de espaldas, bajo el mosquitero, empezó a rezar. Esta también era una costumbre... Era una formalidad, no porque se sintiera libre de pecado, sino porque nunca se le había ocurrido que su vida, en ningún sentido, fuera importante. No bebía, no fornicaba, ni siquiera mentía; pero jamás consideraba como una virtud esa ausencia de pecado. Cuando pensaba en eso se creía uno del montón; un miembro de una extraña cuadrilla que no tenía mayor oportunidad de quebrar las reglas militares importantes." (8)

De aquí a la caída importante, por sorpresa si se quiere, a la mentira, a la desconfianza en Dios, se llega con relativa facilidad. Resultado, después de la prueba: desesperación, suicidio: "Sé lo que hago. No te pido que me perdones. Voy a condenarme, signifique lo que signifique."

Scobie se suicida. Ha realizado, con todo, en su vida, actos buenos. Y uno especialmente cuando, al ver morir a una niña en medio de las angustias de la asfixia, se ofrece a Dios: "Padre —rogó— concédele la paz. Despójame de mi paz para siempre, pero dásela a ella." (9)

Charles Moeller, en la obra antes citada, recalca la importancia de este acto: Scobie es escuchado y Dios acepta su ofrecimiento. Todo lo que viene después es consecuencia de este acto sobrenatural, heroico. Dios, "actuando en el seno de la derrelicción y de la ausencia", conduce a este hombre por sus caminos, ignorados de los hombres, y quizá, en medio de sus faltas, es la mano misericordiosa de Dios la que le guía. Todos esos actos en que Scobie se enreda después de su ofrecimiento, anota Moeller: "¿No son la forma que adopta para él la pasión salvífica? ¿Acaso la verdadera partida se habrá jugado en un plano que ni el